

EL ESTRECHO QUE BUSCABA COLÓN

POR LA COSTA DE VERAGUA



IMPULSADOS por Washington Irving los documentos de que se servía para escribir la historia de Cristóbal Colón, al llegar al cuarto y último de los viajes de descubrimiento, pensó que por las observaciones que el Almirante pudo hacer antes y después de tocar en Paria, y por los informes de otros navegantes, singularmente de Rodrigo

de Bastidas, le parecía que la costa firme se dilataba hacia Occidente. La de Cuba, que él consideraba tierra firme también, se extendía en la misma dirección; las corrientes del mar Caribe debían pasar entre una y otra, consideración que le persuadía de la existencia de un estrecho que saliese al mar Índico, probablemente situado en las inmediaciones del que hoy se llama istmo de Darien.

Si se engañó en la esperanza — escribía el autor anglo-americano — fué porque se engañó la naturaleza misma, pues parece que ella intentó abrir el estrecho, pero que lo intentó en vano.

Es fácil formar juicio de los sucesos después que han ocurrido y se conocen todas sus circunstancias, y nada cuesta dar alas á imaginación poética, como lo era la del insigne escritor de referencia. Atenerse á lo que veían y sabían los personajes en tiempos remotos; trasladarse con el pensamiento á su época, registrar con cuidado los datos que una y otra cosa acrediten, no es tan llano.

Cristóbal Colón mandó al escribano Fernand Pérez de Luna, á 12 de Junio de 1494, dar testimonio de haber requerido á los maestros y marineros de las carabelas que habían reconocido con él más de 335 leguas de costa en la que llamó *Juana*, y en

especial en su *provincia de Mango*, declarasen, como lo hicieron, que la dicha costa era de tierra firme y no de isla. Estaba, por consecuencia, persuadido, de que el litoral de Cuba, que éste era el de esa tierra *Juana*, se prolongaba indefinidamente hacia el Oeste.

En el tercer viaje entró en el golfo de Paria por los 10 y 11 grados, y enterándose sucesivamente del resultado de las exploraciones hechas por Guerra, Niño, Vicente Yáñez Pinzón, Solís, La Cosa y Bastidas; examinando las cartas y derroteros de cada uno y el padrón real que con estos documentos parciales se iba formando en Sevilla, hasta el golfo de Urabá ó del Darien inclusive, pudo ver que esta costa de tierra firme y aquella otra primera, iban casi paralelas en una extensión de leguas considerable.

Era de presumir que ambas se juntaran más ó menos lejos formando golfo, ó bien que dejaran entre una y otra paso franco, y lo último parecía más probable, porque las observaciones de todos los exploradores conformaban en señalar una corriente de las aguas hacia el Oeste y siendo constante necesariamente había de tener salida. La repetición y experiencia de los reconocimientos habían insinuado el dilema, no sólo á Colón, sino á los capitanes y pilotos que mutuamente se comunicaban las cartas de marear á medida que se iban bosquejando ¹.

Consta este conocimiento mutuo de los cuadernos de bitácora en las declaraciones que los más y los principales descubridores, Ojeda, Bastidas, los Niños, Pinzón y muchos de los marineros que los acompañaban, prestaron para las probanzas hechas por D. Diego Colón y por el Fiscal del Estado, en los años 1512 y 13, con el fin de esclarecer las ocurrencias en los viajes tercero y cuarto del almirante D. Cristóbal, y la extensión de sus descubiertas personales ². Consta igualmente por dicho de los que fueron á Veragua con el último, que estaba informado de las expediciones de los otros, lo cual más particularmente expresa Diego de Porras, contador real de la Armada, en su relación del viaje, sentando que en las cartas de marear que llevaban á bordo, «estaba pintada la tierra que habían descubierto Ojeda y Bastidas» ³.

Pero si por fruto de una práctica dilatada en las travesías podía Colón, como cualquiera de aquellos mareantes, admitir hipótesis racionales, en punto á discernir que la unión de las costas ó la ruptura de su continuidad se hallara más ó menos lejana, y sobre todo, en calcular, dado caso que hubiera estrecho, adónde desembocaba, no cabía presumir sin dón adivinatorio.

Iban todos aquellos primeros navegantes á ciegas, sin guía, sin precedente, sin dato alguno que influyera la condición de reveladores de lo desconocido con que caminaban, y suponer, como Irving lo hizo pasados más de tres siglos con el mapa-

¹ V. *Colección de Viajes* de Navarrete, tomo III, pág. 47.

² La R. Academia de la Historia ha publicado ya el primer tomo de los pleitos de Colón en que se insertan estas probanzas y declaraciones.

³ *Colección de Viajes* de Navarrete, tomo I.

mundi moderno á la vista, que marchaba Colón derecha y preconcebidamente al istmo de Panamá, seguro de salir al mar Índico, es no sólo presunción fantástica, sino también absurda, habiendo como hay fundamentos que demuestran evidentemente lo contrario.

El historiador americano, aunque apasionado del objeto que trataba y propenso á sublimar sus condiciones, no ha extremado sin embargo la intuición maravillosa con que le adorna, poniéndole en el caso de D. Alonso el Sabio, que diz presumía de concebir el sistema planetario con mejora del que la astronomía en sus tiempos enseñaba; porque ciertamente existía en la ciencia el error, y el rey Alonso concebía bien, mientras que aquí, si Colón se equivocaba, era *porque se engañó la naturaleza misma*. Otros escritores han ido todavía más lejos llevados del encanto de lo sobrenatural.

Se distingue en esto el conde Roselly de Lorgues, como en cuanto ha escrito relativamente al navegante ligur en su historia especial. En la narración del tercer viaje empieza á preparar las ocurrencias del siguiente. Desde el momento de tocar en Paria conoció Colón, á su juicio, que había descubierto una tierra de la cual no se tenía en Europa la menor noticia. No estimaba ya estar en Asia, sino en un continente desconocido hasta entonces. Colón,—escribe,—señalaba en aquel momento el Nuevo Mundo.

Colón señalaba en sus escritos cosas muy distintas, como ha de verse. Colón por entonces contaba: «Hallé que la tierra no era redonda en la forma que escriben, salvo que es de la forma de una pera que sea toda muy redonda, salvo allí donde tiene el pezón.» El pezón era justamente el lugar adonde él había ido á parar, y no lejos debía estar situado el Paraíso terrenal, en la parte culminante, descendiendo desde su centro el gran río que tenía á la vista: el Orinoco ¹. Años después, en carta al Pontífice sentaba: «Hice navegación nueva hacia el centro de Asia, adonde yo fallé tierras infinitísimas y el agua de la mar dulce. Creí aquello que creyeron y creyo tantos santos y sabios teólogos; que allí en la comarca es el Paraíso terrenal» ².

No obstante, rechazando la crítica del barón de Humboldt con la de otros geógrafos, y desentendiéndose de las cartas del Almirante, el conde Roselly decide que en este viaje reconoció Colón haber descubierto un Mundo Nuevo, y concibió al mismo tiempo la existencia del Océano allende estas tierras. «Sea cualquiera el error con respecto al Paraíso terrenal,—añade,—lo ingenioso de sus inducciones compensaba ampliamente la inexactitud de los datos.»

Raciocinando de esta manera es sencillo alcanzar la conclusión que se desea. Así pues nos cuenta el literato francés que llegado Colón á España, desagraviado por los Reyes de la arbitraria medida del Comendador Bobabilla, entre las maravillas de la Alhambra, por una especie de repentina inspiración, veía su genio al través del espacio y de lo desconocido, una imagen de este globo, y entre las dos grandes divisiones del Nuevo Continente, un espacio estrecho que debía servir de punto de co-

¹ *Colección de Viajes* de Navarrete, tomo I, viaje tercero.

² Carta al Papa, fecha en Febrero de 1502, dándole cuenta de sus viajes. En la misma *Colección*.

municación á esas dos grandes regiones. Sólo que en esa contemplación misteriosa, veía un estrecho de mar donde lo que existe es un estrecho de tierra y enseñaba á la Reina Isabel en el mapa incompleto del mundo inexplorado, el punto donde debía encontrarse el estrecho por el cual podría irse *al Asia*, y lo indicaba con exactitud asombrosa.

Emprendida la navegación llegó precisamente al punto designado, que en su concepto había de franquearle paso para llevar al mar del Sur el estandarte de la salvación... Estaba en el litoral de Chagres: buscaba ansioso el paso, frente á frente del mismo Panamá; buscaba el estrecho, no donde está, sino allí mismo donde debía estar; donde estará algún día. Colón marcó el punto exacto donde ha de abrirse.

Los historiadores primitivos de Indias que Roselly ha podido consultar, escribieron después que la existencia del mar Pacífico era notoria: bien se echa ver también en el criterio, según voy á notar.

El primero, D. Fernando Colón, en la *Historia*, mejor dicho, elogio de su padre, origen de tantos errores propalados, no ha de ser ajeno al del Conde místico, si se atiende al parecido del concepto. Del viaje á la costa de Veragua podía dar fe por testigo de vista, bien que entonces contara pocos años; narrándolo, después de asentar que «la intención del Almirante era reconocer aquella tierra y seguir la costa hasta dar con el estrecho que tenía por cierto haber hacia nombre de Dios», agrega: «pero se engañaba, porque no creía que fuese estrechura de tierra, sino de mar, que pasase de un mar al otro»¹.

Guiábase el P. Las Casas por este escrito y otros de D. Fernando, copiándolos muchas veces á la letra, al redactar su *Historia de Indias*: en el particular del cuarto viaje de D. Cristóbal, no discrepa por consiguiente según acreditan los siguientes párrafos, útiles para sucesivas comprobaciones.

«Pidió Colón llevar dos ó tres hombres que supiesen arábigo, porque siempre tuvo opinión que pasada esta nuestra tierra firme, si estrecho de mar hallase que había de topar gente del Gran Khan ó de otras que aquella lengua ó algo de ella hablasen, y no era muy remota parte de providencia...»².

Llegado á la isla Guanaja y luego á la costa de Mosquitos³ todavía creía que había de hallar nueva del Catay y del Gran Khan, y que aquellas mantas y cosas pintadas eran principio de lo que deseaba. Habiendo mostrado á los indígenas corales, pimienta, plata, como de todo le decían que había por allí, y aun naves, lombardas, corazas, caballos, y que la mar bajaba á *Ciguare*, que debía ser alguna ciudad ó provincia del Gran Khan, y que de allí á diez jornadas estaba el río *Ganges*, entendía que estaban las tierras de Veragua y la otra como Tortosa con Fuenterrabía «y así parece que imaginaba el Almirante haber otra mar, que agora llamamos del Sur, en lo cual no se engañaba, puesto que en todo lo demás sí».

¹ D. Fernando Colón, *Historia*, cap. cx.

² *Historia de Indias*. Edición de Madrid, tomo III, pág. 25.

³ Ídem, tomo III, pág. 111.

López Gomara no se quedó á la zaga. Refiere que el Almirante buscaba un estrecho, del que había hablado á los Reyes, para pasar de la otra parte de la equinoccial.

Benzoni, el milanés, asegura que procuraba Colón el estrecho que entra en el mar del Sur ¹.

Por último, resume Herrera ² que al salir para el cuarto viaje tenía D. Cristóbal propósito de descubrir muchas tierras y creía hallar estrecho en el paraje del puerto del Retrete.

Persuadido,—dice conforme con el P. Las Casas,—de que andando por aquella parte había de hallar nueva del *Catayo* y del Gran Khan, estimaba «que la mar bojaba á *Ciguare*, que debía ser provincia ó ciudad de los reinos del Gran Khan, y que de allí á diez jornadas estaba el río Ganges, y porque una de las provincias que le señalaban los indios ser rica en oro, era Veragua, le parecía que aquellas tierras estaban con Veragua como está Tortosa con Fuenterrabía, entendiendo que la una estaba en una mar y la otra en otra, *imaginando que había otra mar, que es lo que ahora llamamos mar del Sur* ³.

Si juzgaba Colón hallarse en tierra distante diez jornadas del río Ganges, claro es que esta vez, como siempre, creía haber llegado á la India; al Asia, donde los teólogos situaban al Paraíso terrenal; al Asia, adonde ofreció á los Reyes dirigirse desde un principio. Sin embargo, Herrera el cronista oficial, habiendo consignado lo dicho, y refiriéndose á la intuición del mar Pacífico con naos que tenían lombardas y otras cosas así, con ingenuidad que corre parejas con la de Roselly, agrega de su cosecha; en lo cual no se engañó, *si se considera que todo esto lo tienen los chinos.*»

Resulta, pues, que según estos autores antiguos y modernos, Colón estaba en lo cierto. Verdad es, según D. Fernando, que donde buscaba estrechura de mar, la estrechura es de tierra; que por el P. Las Casas, se creía en los dominios del Gran Señor de Oriente; que por estimación de los otros no pareció aquello que presumía, pero todos están conformes en que nó se equivocó, porque si en realidad no existe el estrecho, debería existir; el mar Pacífico, por donde puede irse al mar Índico, está á poca distancia del puerto del Retrete; en esto no cabe duda; y telas con oro, corazas, espadas, naves, artillería, caballos, cuanto mencionó el virrey de las Indias, se encuentra... en China.

Justamente cuando por la explicación de los naturales creyó entender que la provincia de *Ciguare* ocupaba con respecto á Veragua una situación semejante á la de Pisa y Venecia; esto es en una península, fué en Cariare y en Carambaru, que están en Costa-Rica, y como á la primera ponía á diez jornadas del Ganges, bien se comprende que su percepción era tan confusa como en lo tocante á especias, corazas, caballos, naos y artillería. Por falta de intérpretes, no sirviéndole los que había tomado en otros lugares, así entendía las arengas de los indios, como en el primer

¹ *Historia del Mundo Nuevo*, lib. I, fol. 28.

² Déc. 1.^a, lib. V, cap. 1.

³ Ídem, id., cap. v.

viaje, en que se persuadió de haber en la tierra vampiros y hombres con cola.

Mal podía buscar paso al mar Índico, cuando en la India se estimaba, y no permite dudarle la noticia enviada á los Reyes ¹ de haber llegado en 13 de Mayo á las provincias de *Mago*, que parte con aquella del *Catayo*. En cuanto á la presunción natural del mar del Sur ó Pacífico, no hay por qué imaginarla.

Son cuestiones estas que exigen algo más que la inspección de un mapamundi de los que ahora se estampan en Gotta, si han de examinarse con estimación crítica, por lo cual se dejan de lado en la generalidad de los estudios colombinos, más atentos á las condiciones visibles de la persona, que al análisis técnico de sus navegaciones. Harrisse, por americano, no dejó de ver que el Almirante costeó el istmo de Panamá sin sospechar su estrechura ni su naturaleza ²; Winsor, con igual calidad, se ha burlado de la clarividencia con que Roselly supone que presentía Colón un estrecho donde... debiera haberlo ³. Cornau no ha encontrado motivo de asombro en el reconocimiento de la costa desde Honduras ⁴.

Otra obra, por excepción entre las de nuestra época, considera en parte las recalcadas, proponiéndose demostrar, como demuestra. «*Que Colón ni aun sospechó la existencia de América, después de haberla descubierto*»; pero esto se debe á que el autor, Reverendo P. Cappa—en otra parte lo he dicho al citar su libro ⁵—antes de vestir el hábito eclesiástico lució el uniforme de marino.

Del descubrimiento ó mejor dicho, intento de descubrir el estrecho supuesto, no ha tratado especialmente, no era tal su objeto; da á conocer, no obstante, datos interesantes que yo voy en parte á utilizar al acometer un ensayo, para el cual, apartándome en absoluto de las ideas y conocimientos de hoy, acudiré al mismo Colón, ó á sus cartas, que tanto vale.

El Diario de navegación del Almirante, extractado por el P. Las Casas, empieza diciendo, que por las informaciones que había dado á sus Altezas de las tierras de la India, y de un príncipe que es llamado *el Gran Can*, que quiere decir Rey de los Reyes, le enviaron á las dichas partidas de India para ver los pueblos y tierras y disposición de ellas y de todo ⁶. Halló primeramente la isla que los naturales nombraban Guanahani; fué viendo otras inmediatas, y acercándose á una más grande, que llamó Juana, creyó haber llegado á *Cipango*, «porque en las esferas y pinturas de mapamundis que había visto, estaba en aquella comarca». Los indios le decían que había oro, especierías y naos grandes del Gran Khan, y determinó enviar emisarios que le llevaran presentes, con la carta de introducción y embajada que para él le habían entregado sus Altezas.

¹ Carta escrita en Jamaica á 7 de Julio de 1503.

² *Christophe Colomb*. t. II, pág. 128.

³ *Christopher Columbus*, pág. 433.

⁴ *América. Su descubrimiento*, Barcelona, 1892.

⁵ *Colón y los Españoles*. Tercera edición, Madrid, 1889.

⁶ *Colección de Viajes* de Navarrete, t. I, pág. 153.

Como los comisionados volvieron á pocos días sin dar con la ciudad de *Cathay* que buscaban, varió de opinión D. Cristóbal, admitiendo que no era Cuba isla, sino tierra firme situada entre *Zaito* y *Quinsay*, cien leguas poco más ó menos de lo uno y de lo otro.

Al llegar el P. Las Casas á este pasaje, copiando las palabras *Quinsay* y *Zaito*, escribió á continuación: « Esta algarabía no entiendo yo. » Por ello se extravió su



juicio, admitiendo luego que imaginaba el Almirante haber otra mar *que agora llamamos del Sur*. La *algarabía* procede de la relación de viajes de Marco Polo que Colón tenía muy leída antes de emprender la expedición. Si las citas por sí solas no lo acreditaran, hiciéralo el ejemplar impreso y anotado en las márgenes que no ha mucho ha parecido en la biblioteca Colombina. Titúlase *De consuetudinibus et conditionibus orientalium regionum*, traducción de Fr. Francisco de Pupiriis, estampada según se cree, en Anvers en 1485 ¹.

¹ D. Simón de la Rosa. *Libros y autógrafos de D. Cristóbal Colón*. Sevilla, 1891.

Otro libro impreso que también poseía y cita, conservado con el anterior en la Colombina, era la *Historia rerum ubique gestarum locorumque descriptio*, escrita por Eneas Silvio Piccolomini, posteriormente Pío, Papa II, impresa en Colonia en 1477. Importa al conocimiento de esa *algarabia* del P. Las Casas, porque no sólo extracta las narraciones de Marco Polo, sino también las de otros viajeros al Oriente, entre ellos Nicolás de Conti. Véase lo que en estos libros hubo de aprender Colón.

«*Zipango* es una isla que dista de la tierra de *Mangi* 1.500 millas. Es isla muy grande; la gente blanca, bien formada y de gentil manera... Deliberó el Gran Khan



apoderarse de ella y mandó á dos de sus barones, los cuales partieron del puerto de *Zaitun* y de *Quinsay*...

» *Quinsay*, que quiere decir ciudad del cielo, es de las más nobles ciudades del mundo y cabeza de la provincia de *Mangi* en el *Cathayo*. Tenía doce mil puentes de piedra y yacía sentada en el agua como Venecia. Teníala el Gran Khan en grande guarda. Á cinco jornadas de *Cangiu* se encuentra la ciudad de *Zaytum*, noble y hermosa, con puerto en el Océano... El río que desemboca en el puerto de *Zaytum* es muy grande y ancho, y corre con grandísima velocidad, y es un brazo del río que viene de *Quinsay*....

» Partiéndose de esta ciudad casi una milla, pártense caminos; uno que va á Occi-

dente y otro hacia el Siroco; pero el camino de Occidente va hacia el mar Océano, hacia la provincia de *los Magos*, y cabálgase por la provincia de *Catayo* diez jornadas...»

Más aún: en la carta que á Lisboa le dirigió Toscanelli ¹ hace saber la existencia del puerto nobilísimo llamado *Zaiton*, do cargan cada año cien naos grandes de pimienta... de un río do son doscientas ciudades... de la gran ciudad de *Quinsay* que tiene de cerco cien millas y cuyo nombre quiere decir ciudad del cielo, de la cual se cuentan cosas maravillosas...

Penetrado Colón de la sustancia de estas noticias, al acabar el primer viaje escribía á Luis de Santángel noticiando el hallazgo. «Cuando yo llegué á la *Juana*, la fallé tan grande que pensé sería tierra firme, la provincia del *Catayo*...» ² La grandeza de la isla de Haití ó Santo Domingo confirmó las primeras impresiones, pareciéndole la indubitable *Cipango*, idea que conservó hasta el fin de la vida. En ejemplar del tratado de Historia natural de Plinio que se guarda con los anteriores en la biblioteca Colombina escribió: «*La isola de Feyti vel de Ofir vel de Cipango, á la quale habia posto nome Spagnola* ³»; en la carta dirigida al Papa en Febrero de 1502 repetía: «*esta isla es Tharsis, es Cethia, es Ofir y Ophax e Cipango, e nos la habemos llamado Española.*»

Es, pues, el mismo Almirante quien nos dice que vivió y murió en la firme persuasión de haber tocado la India oriental, la China y el Japón desde el primer viaje.

Alonso de Ojeda declaró en la probanza que se hizo en Santo Domingo el año 1513 ⁴, que el Almirante D. Cristóbal echó, en su navegación del tercer viaje, algo más al Mediodía creyendo hallar unas islas que este testigo le había dicho existían, por información que tenía de un indio, y que viniendo así su camino descubrió la isla de la Trinidad.

Allí presenció el fenómeno temeroso de la elevación de las aguas haciendo gran loma, que avanza con estruendo y ruido, condiciones por las que la denominan los indios *Bore* y *Pororoca* ⁵, y de allí fué á reconocer la Tierra Firme, que afirmó su creencia de tocar el Asia.

La cuarta y última navegación no tenía por objeto preferente la busca de un estrecho, como se dice: la Cédula real expedida en Valencia de la Torre á 14 de Marzo

¹ Copia de ella, de mano de Colón, se halla en la Biblioteca Colombina, en las guardas del citado libro de Eneas Silvio Piccolomini.

² Carta al escribano de ración Luis de Santángel.

³ Don Simón de la Rosa, *Libros y autógrafos de C. Colón*, pág. 14.

⁴ Publicada por la Academia de la Historia, como antes se dice.

⁵ Noticia que debo al Sr. D. Marcos Jiménez de la Espada, así como también la de llamarse punta *Mayacaré*, la de la bahía donde Vicente Yáñez Pinzón experimentó el mismo *macareo*, ocasionado por las aguas del río de las Amazonas. En la ribera del Gironda denominan *mascaret* y *macaret* á la especie de barra que forman el choque de las aguas del río, mucho menor que el de los americanos, pero sensible con todo, y dícese que el nombre se deriva del burgo de Saint-Macaire, en la ribera del Garona, porque hasta allí llega la influencia del reflujo. *Barra de agua* se nombra en el *Ensayo de Diccionario geográfico-geológico* formado por D. Juan Vilanova y Piera.—Madrid, 1884.

de 1502 y las instrucciones que la acompañaban, claramente expresan que iba el Almirante «á descubrir las islas y tierra firme que son en las Indias»¹.

No dice otra cosa la carta escrita por D. Cristóbal al Papa: «El Rey e la Reina mis Señores me reenviaron aprisa á la empresa para descubrir y ganar...»; ni tampoco la otra en que daba cuenta á sus Altezas, desde la isla de Jamaica, haber concluído la campaña, indica siquiera haber propuesto á los Reyes semejante exploración, ni haberla tenido en mientes. De estrecho no habla nada: no lo menciona siquiera.

Verdad es que esta carta, más que á reseñar las ocurrencias se enderezaba á reclamar el derecho al virreinato de que sus Altezas le habían desposeído y que, exagerando los trabajos de la expedición con sufrimiento de ochenta y ocho días de espantable tormenta; los de la pobreza en que estaba, sin blanca para el ofrenda; los de las amarguras—que no fueron pocas—y aun los de las riquezas de las tierras nuevas, interesaba los nobles sentimientos de los Reyes.

Pero consta por otras referencias que, si no por objetivo de la exploración, buscaba en ella realmente un estrecho presentido. Dícelo el contador Diego de Porras en su relación, más concisa y menos elegante que la de D. Cristóbal, pero más útil al conocimiento náutico del viaje. Por ella se puede saber que las carabelas barloventearon á lo largo de la costa de Honduras contra los brisotes, cuya fuerza y constancia no estimó el Almirante. Se colige que al montar el cabo de Gracias á Dios no cambió *la espantable tormenta*; lo que varió fué el rumbo, por dirección de la costa, y entonces recibieron las carabelas impulso «del próspero viento que les dió nuestro Señor,» y que era el constante brisote.

Porras consigna que iba el Almirante «requiriendo puertos e bahías, pensando hallar el estrecho»: dijéronlo asimismo algunos de los testigos del viaje, que como tales declararon en el proceso mencionado, en 1513 en términos que es bueno conocer.

Juan de Noya, tonelero, depuso que en la expedición iban *buscando la Especeria* e nunca la fallaron. Martín de Riera dijo, que desde la Española se dirigieron en busca de un estrecho donde contaba el Almirante *que había el Especeria*, y fueron á dar á Veragua. El capitán y piloto Pedro de Ledesma declaró que desde la Española corrieron *en busca del Asia*, que es la Tierra Firme.

Repasando después de esto la carta fechada en Jamaica, se halla conformidad en las indicaciones de haber llegado á la provincia que parte con aquella de *Catayo*; al *Aurea* de que habla Josefo y se refiere en el *Paralipómenon* y en el *Libro de los Reyes*. «La gente de que escribe Papa Pío, según el sitio y señas, se ha hallado» —decía—y posteriormente lo afirmaba, poniendo nota marginal en el ejemplar de la obra del mismo Papa existente en la Biblioteca Colombina. «*Homines ex Catayo versus oriens venierunt, nos vidimus multa notabilia, et specialiter in galeis iberniae virum et uxorem in duobus lignis arreptos, ex mirabili forma*»². Por si no bastara,

¹ Véase en la *Colección de Navarrete*.

² Don Simón de la Rosa, loc. cit.

en la referida carta al Papa, ponía: «Descubrí de este camino, e gané mill é cuatrocientas islas, y trescientas y treinta y tres leguas *de la tierra firme de Asia*».

Los más recientes biógrafos del Descubridor, extranjeros ó españoles, han seguido buenamente á los primitivos, contentándose con acentuar las frases y exagerar lo que atañe á la penetración del grande hombre, sin recordar cuánto lo sublime se acerca á lo ridículo. Uno de los nuestros escribe que «nada puede pintar mejor la generosidad del carácter de Cristóbal Colón y la elevación de sus miras, que la resolución de abandonar la costa de Veragua, abundante en recursos y en la que podía recoger mucho oro con poco trabajo, acumulando en breve espacio de tiempo riquezas que elevasen su crédito en España y le dieran un triunfo decisivo sobre sus detractores y adversarios, y lanzarse á *mares desconocidos* para buscar un estrecho que, aunque de gran interés para el comercio del mundo, de gran beneficio para la humanidad, á él apenas había de producirle poco más que la gloria del descubrimiento.

»Y es efectivamente muy digno de notarse, —expresa,—este empeño del inmortal descubridor, por más de un concepto, creyendo por nuestra parte que no se le ha concedido toda la importancia que encierra para apreciar su genio y su sabiduría.

»Fijo el pensamiento de encontrar un estrecho que comunicase el mar de las islas que había descubierto con el mar de las Indias —intuición científica que por sí sola asombra, *porque los hechos posteriores vinieron á comprobar su exactitud*—... ni las tempestades que amenazaron tantas veces sumergir su menguada escuadra, ni las enfermedades que padeció, ni los trabajos de todo género que tuvo que soportar, fueron parte á separarle un punto del propósito de proseguir en la exploración que había de dar por resultado poner en evidencia la verdad de su teoría científica.

»Y el pensamiento de la existencia del estrecho es también digno de alabanza y de admiración como el de buscar el camino del Oriente hacia Occidente. Porque asombra ver al Almirante dirigirse, como si tuviera evidencia de que existía aquel codiciado paso, al lugar mismo en que la Naturaleza parecía tener señalada la unión de ambos mares... á los sitios en que la ciencia moderna intenta establecer la comunicación por medio de obras atrevidas que concluyan la obra de la Naturaleza. ¿De dónde había deducido Cristóbal Colón la idea de la existencia del estrecho? ¿En qué datos se apoyaba para dirigirse á aquellos lugares adonde determinó la exploración? De su gran inteligencia, de su saber profundo, de su intuición maravillosa nació aquel pensamiento, como anteriormente había nacido en su cerebro el de abrir nuevo camino para la India... Meditando sobre su descubrimiento en las continuas horas de amargura y soledad que le produjeron las ingratitudes, los odios, las malas pasiones concitadas en contra de su persona, y de que se hizo representante el miserable Bobadilla, con presencia del resultado de sus tres primeros viajes, estudiando la zona que comprendían las infinitas islas hasta entonces visitadas y el punto en que comenzaba la tierra firme, su percepción vivísima le hizo penetrar lo desconocido, atravesó el continente y *llegó á entrever el mar Pacífico* al otro lado de aquellas costas que ya

había explorado en varias ocasiones. El segundo pensamiento venía á completar el primero, siendo tan digno de admiración el uno como el otro.

»He usado repetidamente la palabra intuición al calificar los atrevidos pensamientos del Almirante, porque para mí es evidente que después de profundos estudios, exaltada su gran inteligencia y apoderada de los datos conocidos, formaba juicios exactos que no cabían en la medida de los entendimientos medianos, y lograba la percepción de la verdad desconocida.

»Colón se dirigió con toda seguridad á Panamá en busca del estrecho, guiado únicamente por su talento; pero con una precisión que admira. Y apreciado en su justo valor este proyecto, sirve con su importancia para dar fuerza á algunos argumentos, que ya dejamos apuntados, contra las hablillas que se esparcieron para amminorar la gloria del Almirante, y todavía encuentran autores respetables que las acojan, por más que le concedan importancia secundaria»¹.

Extensa es la cita, pero nunca parecen largos párrafos bellos, y sirven aquí para mostrar cómo se han ido amalgamando las ideas emitidas desde el tiempo del P. Las Casas al de Irving, y amenizándose el compuesto con el de la manía envidiosa y persecutoria de Roselly, que constituye uno de los ramos de estudio de los frenópatas actuales.

Confieso que siento mucho no participar del entusiasmo del autor copiado, relativamente á la intuición del Almirante—que sus escritos sí admiro—no penetrando en qué consiste la sublime teoría de que habla, ni viendo nada que revele percepción científica asombrosa. En resumidas cuentas enseñan sus palabras, lo mismo que las de los autores precedentes, que Colón recorrió la costa de Tierra Firme buscando un estrecho que no existe y que mal podía encontrar por tanto. ¿Qué importancia tiene una hipótesis que había ocurrido y debía ocurrir á los demás exploradores? ¿Cuál es la verdad que evidenció su teoría? ¿Es acaso que da lo mismo estrechura de tierra que brazo de mar? ¿Y dónde consta que supiera ni presumiera el Almirante nunca que en la costa corrida con las carabelas desde Trujillo al Darien angostara la tierra en una parte más que en otra?

Lo admirable ó sorprendente, por tanto, es el comentario de estas declaraciones, por el que han visto los entusiastas biógrafos del Almirante teorías trascendentales, intuición científica, adivinación del mar Pacífico y aun del istmo de Panamá. ¿Qué estrecho buscaba el Almirante? El libro de Marco Polo, de que estaba imbuído, lo dice:

«Andando cinco jornadas está otra ciudad que se llama *Cianglu*, asentada hacia Mediodía y es del ESTRECHO DE CATAYO»².

Y en otro pasaje:

«Cuatro jornadas está una gran ciudad que dicen *Cancassu*, y es muy noble, y está asentada hacia Mediodía, y ésta es del ESTRECHO DEL CATAYO»³.

¹ D. José M. Asensio, *Cristóbal Colón*, tomo II, pág. 466.

² Capítulo LXXXV.

³ Capítulo LXXXIV.

No puede, no, decirse con fundamento alguno que Colón estuviera inspirado, ni favorecido de la fortuna siquiera. Si hubiera dado crédito á los yucatecos, en cuya canoa vió hachas de cobre, mantas tejidas y objetos que atestiguaban industrias adelantadas, dirigiéndose hacia el Oeste; si en vez de luchar contra las corrientes constantes que habían hecho concebir la idea de un estrecho á todos los marineros, se hubiera dejado llevar por ellas, como era lógico, el *Gulf-stream* le condujera cómodamente á Cabo Catoche, y entonces, al paso que reconociera ser Cuba isla, aumentara la gloria que legítimamente le corresponde, con las que adquirieron Alaminos, Grijalba, Alvarado y Cortés, al descubrir los territorios de los mayas y los aztecas. Acaso entonces se desengañara de no ser aquello dominio del Gran Khan, comprendiendo haberse realizado, lo que por mofa oía en el período de sus pretensiones en la corte, porque es cosa singular; el adelantado D. Bartolomé Colón, su hermano, persuadido como él de hallarse en la India oriental, al declarar en Santo Domingo en apoyo de la primera probanza de D. Diego Colón, dijo, que cuando el futuro descubridor y almirante D. Cristóbal gestionaba, hacía la gente burla de él expresando *que quería descubrir otro mundo nuevo*.

Estaba reservado á Vasco Núñez de Balboa hacer notorio que otro mundo halló efectivamente

CESÁREO FERNÁNDEZ DURO

ESCUELA DE ESTUDIOS
HISPANO-AMERICANOS

BIBLIOTECA